

MIMI MATTHEWS

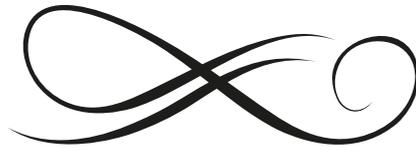
CABALLERO
JIM

Libros de
seda

A mi madre, que me inculcó el sentido de la justicia

«Toda la sabiduría humana se resume
en estas dos palabras: ¡esperar y confiar!».

ALEJANDRO DUMAS,
El conde de Montecristo



PRÓLOGO

Beasley Park (Somerset, Inglaterra)

Primavera de 1807

Nicholas Seaton estaba sentado en el suelo cubierto de paja del establo con las piernas dobladas hacia el pecho y la frente apoyada en las rodillas. Le habían golpeado y sangraba. No había ninguna vía de escape. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, y las paredes del edificio eran gruesas y resistentes, pues se habían construido para mantener bien custodiados los mejores purasangres de la hacienda Honeywell. Pese a ello, Nicholas se había pasado los primeros quince minutos de su encierro tratando de abrirse paso a la fuerza, lanzándose con furia contra la madera recia de las paredes, aplicando toda la fuerza que aún le quedaba, sin lograr otra cosa que hacerse enormes cardenales en los hombros y cortes y heridas en los brazos.

Los siguientes quince minutos los pasó recorriendo el establo una y otra vez, como un león enjaulado, abriendo y cerrando los puños, apretando los dientes y maldiciendo para sí a todos los miembros de la alta burguesía y la aristocracia terrateniente.

—Te van a colgar por esto, Seaton —le había dicho Frederick Burton-Smythe tras arrastrarlo al establo después de darle unos latigazos.

Y así iba a ser, sin duda. Nicholas estaba seguro de eso, no había estado tan seguro de algo en su vida. Hacía solo dos años que a un muchacho no mucho mayor que él lo habían ahorcado por el crimen horrendo de robarle pollos al padre de Fred, sir Roderick Burton-Smythe. Así que el hecho de robar tres joyas de valor incalculable que pertenecían al patrimonio familiar, más en

concreto, al ajuar de la única hija del terrateniente Honeywell, la señorita Margaret, podría dar lugar, como poco, a un descuartizamiento público.

El hecho de que Nicholas no hubiese robado nada resultaba irrelevante. ¿De qué iban a servir sus alegaciones de inocencia? Él no era más que un humilde mozo de cuadra de los Honeywell, un sirviente. De hecho, bastante menos que un sirviente, pues era el hijo bastardo de una ayudante de cocina de la casa, Jenny Seaton, la Alegre Jenny, quien, antes de llegar a la entrada de las cocinas de Beasley Park hacía dieciocho años, embarazada y pidiendo algo de comer, había ejercido el oficio de tabernera, con todo lo que eso llevaba asociado, en el establecimiento Market Barrow, una taberna popular y de muy mala fama que, en su día, había sido una de las favoritas de Caballero Jim, el famoso salteador de caminos.

—La madre una prostituta y el padre un delincuente. —La mujer del vicario, la señora Applewhite, no dudaba en hablarle de eso a cualquiera que quisiese prestarle atención—. Recuerde lo que le digo, Nicholas Seaton no va a acabar bien.

No. Nadie iba a creer que era inocente. Y menos cuando lo había denunciado el mismísimo Frederick Burton-Smythe.

Nicholas y Fred eran enemigos desde que tenía memoria, pero el año anterior el enfrentamiento había desembocado en un odio sin ambages. Y, como de costumbre, Maggie Honeywell estaba en el centro de la disputa.

Pensar en ella hizo que a Nicholas se le encogiera el corazón y hasta que le doliera.



La joven era su mejor amiga, la única persona en la que confiaba, la única persona a la que amaba. Hacía unos años que un juramento de sangre los había unido para siempre, cuando, a petición de Maggie, Nicholas, de forma valerosa, se había cortado la mano y la había juntado con firmeza con un corte similar en la de ella. Aunque, en realidad, no le habría hecho falta ningún ritual para sentirse unido a Maggie Honeywell: la joven lo era todo para él.

Por desgracia, también lo era para su padre viudo y, con el transcurrir de los años y su florecimiento como una mujer de belleza extraordinaria, pasó a serlo todo también para Fred Burton-Smythe.

Hacía mucho tiempo que sir Roderick y el terrateniente Honeywell habían llegado al acuerdo de que sus hijos se casaran el uno con la otra. Se unirían así las dos grandes haciendas del distrito, Letchford Hall y Beasley Park. No se había formalizado nada, al menos que Nicholas supiera, pero eso no impedía que Fred actuase ya como si Maggie fuera de su propiedad. Así que, cuando ese mismo día la encontró con Nicholas en Burton Wood, riendo alegres mientras él la sostenía en brazos dando vueltas sobre sí mismo, la ira lo cegó.

Maggie no había ayudado a calmar las cosas. Incluso en sus mejores momentos, era una chica bastante descarada e imprudente, y en los peores, un auténtico demonio. El terrateniente Honeywell la había criado como si fuera su hijo varón y heredero, en vez de como la gentil hija única de una familia de la aristocracia, y era más que capaz de cabalgar, cazar y disparar mejor que la inmensa mayoría de los jóvenes del condado, nobles o no. Su mal carácter era legendario, pues sentada sobre las rodillas de su irascible padre había aprendido que una sarta de maldiciones, palabras gruesas y amenazas a cual más violenta eran la forma más directa y eficaz de resolver la mayoría de los problemas.

—Nicholas me está ayudando a practicar el baile —le había dicho a Fred con ese tono altivo y arrogante tan habitual en ella—. Así que, ¿harías el maldito favor de largarte de aquí, Fred?

Y, tras eso, Nicholas selló su destino fatal. Estalló en una carcajada sonora.

En cualquier otra circunstancia, Fred habría arremetido contra él con la intención de darle una paliza de muerte. Maggie se habría interpuesto entre los dos, como siempre hacía, y habría reprendido sin piedad a Fred por atacar a alguien que sabía muy bien que no podía defenderse; cosa que, en el pasado, nunca le había parado los pies a Fred.

En ausencia de Maggie, Fred no tenía el más mínimo reparo a la hora de golpearlo en la cabeza y tirarle de las orejas, arrojarlo al suelo de forma brutal, darle patadas en la espalda o azotarlo con la fusta.

Nicholas era más alto y ancho de hombros que Fred, pero también desgarrado y larguirucho, mientras que Fred era recio y musculoso como un *bulldog*. A Nicholas le gustaba pensar que en una pelea justa podría vencer a su eterno enemigo; sin embargo, ninguno de sus enfrentamientos con él había derivado nunca en una pelea justa, ya que Fred era el heredero de un *baronet* y Nicholas un mero sirviente, así que sabía muy bien que eso nunca ocurriría.

—El amo Fred es superior a ti, Nick —decía Jenny cada vez que aparecía con un labio sangrando o con un ojo morado—. Tienes que dejar de provocarlo.

Pero esa vez no había mediado ninguna provocación a Fred.

Se limitó a levantarse e imitando a su padre, sir Roderick, con bastante acierto amonestó a Maggie por juntarse con los criados y comportarse de forma inadecuada para una señorita.

—Informaré con detalle de tu comportamiento a tu tía Dafne —le advirtió con severidad—. Y, cuando tu padre vuelva de Londres, he decidido que también debo hablar con él.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó, pero se detuvo en el borde del claro el tiempo suficiente para mirar a Nicholas a los ojos. Fue una mirada asesina.

—¿Cómo es posible que se haya atrevido a amenazarme? —seguía preguntándose Maggie una hora más tarde, los dos tumbados sobre la hierba a orillas del arroyo que atravesaba Beasley Park—. Está celoso el muy estúpido. Decírselo a mi padre, ¡por favor! Como si mi padre hiciera caso alguna vez de quienes hablan mal de mí.

—Pero tu tía sí que le hará caso —contestó Nicholas con tono triste.

Dafne Honeywell, cuñada viuda del hacendado, se había ido a vivir a Beasley Park dos años atrás con el único propósito de convertir a Maggie en una verdadera señorita de la alta sociedad. Nicholas no podía soportar a la dama. Por culpa de ella, a Maggie se le habían llenado los días de sesiones de costura y lecciones de baile, y tenía en la cabeza fiestas y bailes de etiqueta. Debido a su influencia, Maggie ya no se ponía bombachos, ni montaba a horcajadas, ni se quedaba en paños menores para nadar con él en el lago.

Ahora llevaba vestidos muy bonitos, de telas tan suaves y frágiles que hasta le daba miedo tocarlas, y su melena espesa de color visón, que antes le caía por la espalda en una preciosa cascada, ahora la sujetaban cintas de seda que dejaban escapar solo algunos rizos delicados. Hasta la tez le había cambiado. Siempre protegida del sol con parasoles y sombreros, ya no tenía el brillo glorioso del bronceado, sino que presentaba la apariencia de una porcelana suave y perfecta.

Habían pasado solo dos años, pero la diferencia entre la Margaret Honeywell de entonces, de catorce, y la actual, de dieciséis, era tan grande como un océano.

Cada vez con más frecuencia, Nicholas se sorprendía mirando a su amiga de toda la vida con una punzada de dolor en el pecho. Nunca le había gustado estar lejos de ella, pero ahora, cada vez que no estaban juntos, la echaba de menos hasta sentir una melancolía rayana en la tristeza.

Pero eso no era lo peor. También había empezado a soñar con ella, unos sueños de lo más vívidos que ningún caballero se atrevería a tener con una dama.

—La señorita Margaret no es para ti. —Jenny había tomado por costumbre advertírsele cada vez que lo veía triste o enfurruñado—. Será para el señorito Fred o para cualquier otro caballero elegante. Nada puede cambiar eso.

Nicholas nunca lo había creído. Maggie y él eran almas gemelas. No obstante, cuando contemplaba la transformación lenta e imparable de ella, había momentos en los que lo asaltaba un súbito ataque de tristeza, una preocupación ominosa por el hecho de que se acercaba el día funesto en que Margaret pasaría a ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad, el día en que la perdería para siempre.

—No voy a dejar de enseñarte a bailar por el mero hecho de que tía Dafne y Fred se opongán —aseguró Maggie, que seguía tumbada junto al arroyo—. Siempre he compartido mis lecciones contigo, ¿a que sí? Y bailar es casi lo mismo que leer y escribir, o eso creo yo.

Nicholas alzó un poco el hombro para poder mirarla.

—Cuando me enseñaste a leer, tú solo tenías siete años. Y no hacía falta que nos tocáramos.

—¿Y por qué no podemos tocarnos?

La miró arqueando una ceja.

Margaret se rio con ganas.

—¡Qué hipocresía! Apuesto lo que sea a que si hubiera bailado con Fred nadie lo habría considerado indecoroso. Y, de paso, estoy segura de que él no se habría portado de una forma tan caballerosa como tú.

—¿Crees que no? —preguntó, poniéndose en alerta de inmediato, con todos los sentidos aguzados.

—Sabes muy bien que no. Siempre se pone demasiado cerca y no para de mirarme el pecho.

Nicholas controló la ya familiar oleada de celos y enfado, la urgencia ancestral de ir a buscar a Fred, o a cualquier otro caballero que se atreviera a mirar a Maggie, y convertirlo en una pulpa sanguinolenta.

—Si alguien se atreve a ponerte un dedo encima, te juro que lo...

—Tú nunca lo haces —lo interrumpió. El tono, con un matiz acusatorio, lo pilló por sorpresa—. Cuando bailamos, quiero decir.

De puro desconcierto, se le pasó el enfado. Ella insistió:

—Mirarme el pecho, digo.

Notó un calor repentino en las mejillas. La miró boquiabierto durante un instante, hasta que esbozó una sonrisa algo torcida.

—¿Qué pecho?

Maggie respondió a su broma con un rubor ligero y nada habitual en sus propias mejillas. A los dieciséis, su figura empezaba a moldearse y prometía ser, en el futuro, tan gloriosa como la de su madre fallecida, una dama que se había ganado el apodo de la Afrodita de Somerset.

—Por supuesto que ni te has fijado en nada mío. Estás demasiado ocupado tonteando con Cornelia Peabody.

—¿Cómo dices?

—Eso me ha dicho Jenny.

Nicholas la miró enfadado:

—Está deseando que corteje a una de las hijas del panadero. Me atrevería a decir que el viejo Peabody le ha prometido que le hará descuento en los panecillos rellenos y otros productos si yo lo libro de alguna de ellas. Pero sigue siendo un misterio para mí cómo piensan que yo podría mantener a una esposa con un salario de cinco libras al año...

—No es algo imposible —repuso Maggie.

—Muy bien, puede que no lo fuera. —Fingió que pensaba en el asunto con mucha intensidad—. La señorita Peabody podría conseguir un empleo. Hasta puede que tu padre le diera trabajo limpiando orinales en la casa principal, ¿no crees? —Volvió a sonreír—. Y eso trae a colación el asunto de proporcionarle un hogar, aunque estoy seguro de que no le importaría ni lo más mínimo vivir conmigo en ese cuartucho dejado de la mano de Dios de encima del establo. Cornelia Peabody siempre me ha parecido la clase de chica que sueña con tener su hogar en un cuchitril infestado de ratas.

Maggie no se dejó despistar con la broma de Nicholas.

—¿Entonces no es verdad?

—¡Vamos, Maggie, por favor! ¿Qué tengo que ver yo con Cornelia Peabody?

—Es muy guapa.

Nicholas tomó una flor silvestre azul que crecía en la hierba y la hizo girar entre los dedos. Era un nomeolvides. Esa clase de flores crecían por todas partes en Beasley Park, teñían de azul cada primavera los campos de la hacienda. Tenía el mismo color azul maravilloso de los ojos increíbles de Margaret Honeywell.

—Como tantas otras chicas del pueblo. ¿Qué más da eso?

—Pues que se trata de una joven bien educada y modosa, que no dice barbaridades... ¡Y es hija del panadero del pueblo, nada menos!

Pasó la florecilla por la cara de Maggie tocándole el puente de la nariz y después el contorno de los labios malhablados y de la barbilla terca.

—¿Quieres decir que no va por ahí llamando estúpidos o celosos a los jóvenes, ni mandándolos a freír espárragos, como mínimo?

Maggie le arrebató la flor de las manos.

—Apostaría lo que fuera a que no dice esas cosas.

—Pues allá ella —zanjó Nicholas, echándose de espaldas sobre la hierba—. Todo el mundo sabe que a mí las únicas chicas que me gustan son las arpías malhabladas.

—¡Menudo piropo! Creo que voy a desmayarme...

Nicholas esbozó una sonrisa mirando al cielo claro y estiró una mano, moviendo la palma en invitación muda. Maggie la aceptó de inmediato y, a su vez, deslizó la mano pequeña y delgada en la de él.

—¿Podrás escaparte un rato esta noche después de cenar? —le preguntó en voz baja.

Nicholas negó pesaroso con la cabeza.

—Tengo muchísimas cosas que hacer, me he retrasado en las tareas. O me pongo al día hoy, o mañana no tendré ninguna posibilidad de verte.

Maggie le apretó un poco la mano.

—Pues entonces mañana —concedió.



Mañana.

Nicholas cerró con fuerza los ojos en la oscuridad opresiva del establo. Le ardía el pecho del esfuerzo que tenía que hacer para controlar un acceso rabioso de llanto.

Ya no habría mañana para él.

Nunca volvería a ver a Maggie Honeywell.

Al cabo de una hora, más o menos, Fred volvería acompañado del alguacil y a Nicholas lo conducirían a prisión. A partir de ese momento, ya se encargaría Fred de que las cosas fueran a toda velocidad. Los Burton-Smythe tenía mucha influencia en los condados occidentales. El juicio se desarrollaría muy deprisa, sin aplazamientos ni indultos de última hora.

¿Cuánto iban a tardar en colgarlo? ¿Una semana? ¿Diez días?

Nicholas se tapó la cara con las manos. Sentía una desesperación enorme, como si hubiera caído en un pozo sin fondo de negrura infinita.

En ese momento, un crujido de la madera rasgó la oscuridad.

Se puso de pie de inmediato y se colocó lo más lejos que pudo del portón del establo.

Otro crujido.

Fred ya había vuelto, seguro que con el alguacil.

Nicholas aguzó el oído, sin hacer caso ni de los latidos del corazón desbocado ni del sudor frío que hacía que la camisa de lino basto se le pegara a la espalda. Descorrerían el cerrojo en cualquier momento y lo agarrarían para llevárselo.

¿Sería mejor luchar hasta el último aliento o acompañarlos de forma tranquila y sumisa, como un cordero al que llevan al matadero?

Apretó los puños con rabia.

Sonó una llamada queda en la puerta de madera del establo.

—¡Nicholas! —susurró una voz en tono urgente y suave.

Nicholas se quedó inmóvil, incapaz de creer la evidencia que le mostraban sus oídos.

—¿Maggie...?

Alguien descorrió los cerrojos y abrió las puertas del establo.

Allí estaba Maggie Honeywell, la visión más querida y maravillosa que la vida le podía ofrecer en ese momento.

Llevaba una pelliza roja de lana y el pelo oscuro, sin recoger ni peinar, le caía espléndido sobre los hombros. Con una mano sostenía en alto una lámpara de aceite que le iluminaba el rostro, que expresaba decisión y fiereza.

Tras algunas zancadas rápidas, Nicholas estuvo frente a ella.

Maggie dejó la lámpara en el suelo mientras él se aproximaba y de inmediato le rodeó el cuello con los brazos. Casi al instante, Nicholas la abrazó con tanta fuerza que hasta él mismo temió estrujarle los huesos.

Cuando por fin aflojó el abrazo, Maggie se separó lo suficiente como para poder sujetarle con ambas manos la cara, sucia de sangre seca. Se la escudriñó con infinito cuidado, moviendo los dedos con suavidad en busca de heridas abiertas, desde la frente a la mandíbula, y después los hombros anchos y el torso.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué te ha hecho?

Nicholas le agarró las manos con firmeza para impedir que indagara bajo la camisa rasgada. Le mortificaba sentir el ardor de las lágrimas en el interior de los ojos. Nadie, jamás, ni siquiera su madre, había mostrado tanta ternura con él como la que desplegaba en ese momento Maggie Honeywell.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

La joven le apretó las manos para darle ánimos.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que la señora Applewhite se iba? Bueno, pues tía Dafne la invitó a que se quedara a cenar y, cuando me retiré a mi dormitorio, las dos le dieron con ganas al jerez. Reían y hablaban alto cuando subían las escaleras. Y menos mal que fue así, porque, cuando bajé para averiguar por qué había tanto ruido en el salón de estar, oí a mi tía hablar de lo que te había pasado con Fred y de la desaparición de mis joyas. Así que he venido lo más deprisa que he podido.

—Te juro que no te he robado nada. Quizá fue Fred quien tomó las joyas y las puso en mi habitación. ¿Quién más podía saber dónde mirar? Quería dejar claro que yo las tenía. Lo noté en sus ojos cuando nos vio bailando en Burton Wood. Quiere verme muerto o deportado para siempre, cualquier cosa que impida...

—No hay tiempo para esto —lo interrumpió Maggie—. He venido a liberarte para que puedas escapar antes de que llegue el magistrado.

Nicholas dio un paso hacia ella y le apretó aún más las manos, que seguía sujetándole.

—Tienes que creerme. Nunca te he robado nada. ¡Dime que me crees!

—¡Pues claro que te creo! Y, si supiera que eso te puede ayudar, proclamaría tu inocencia delante de tía Dafne, del alguacil y de cualquiera que quisiese escucharme. Pero nadie lo va a hacer, y tú lo sabes muy bien. Dirían que nuestra amistad me ciega y no me deja ver tu verdadera naturaleza, y un montón de monsergas como esa. Y después me acusarían de poner en duda el honor de Fred por cuestionar su palabra de caballero.

Nicholas la soltó de repente, pues no se fiaba de sí mismo si seguía tocándola.

—Un caballero. Te refieres a tu futuro marido.

A Maggie se le nubló la mirada.

—¿Por qué hablas siempre de eso? Como si yo estuviera deseando casarme con Frederick Burton-Smythe.

—¿Te das cuenta de lo que me ha hecho esta noche? —Nicholas se abrió la camisa para dejar a la vista el corte profundo que iba desde un lado del cuello hasta la parte alta del pecho—. ¿Crees que un caballero le haría esto a alguien que no puede defenderse?

Maggie abrió mucho los ojos de puro asombro.

—¡Por todos los santos! ¿Fred te ha hecho eso?

—¿Quién si no?

—Pero... ¿por qué?

—¿Crees que iba a dejar que me encerrara aquí sin pelear? Me sacó de la habitación después de... encontrar tus joyas. Nos peleamos mientras bajábamos las escaleras. Le habría ganado si él hubiera luchado con nobleza. Pero, cuando me volví para volver a golpearlo, volvió a azotarme con esa maldita fusta que siempre lleva encima. Tenía que habérmelo esperado... —Se pasó la mano por el pelo desgredado—. Pero no estaba preparado, maldita sea. Me caí escaleras abajo, sobre el suelo del establo, y cuando pude ponerme en pie él ya había salido y cerrado con cerrojo desde fuera.

—¡El muy canalla! —La voz de Maggie temblaba de furia—. ¡Cobarde, sabandija...! ¡Ya le enseñaré yo lo que es que te golpeen con un látigo como ese...! ¡Cuando padre vuelva de Londres le voy a...! —Se interrumpió y soltó un juramento entre dientes—. ¡Que el diablo se lo lleve! No tengo tiempo de curarte esa herida. Tienes que irte, Nicholas. Debes esconderte de Fred y del alguacil hasta que vuelva mi padre la semana que viene. Después iremos juntos a verle y a explicarle lo que ha pasado...

—¿Y para qué iba a volver yo aquí? —espetó Nicholas en un estallido de furor—. ¡Odio este maldito sitio!

Maggie negó con la cabeza, cuestionando sus palabras.

—No digas eso.

—Sí, lo odio todo y a todos. Odio a sir Roderick, odio a Fred Burton-Smythe. Odio a la señora Applewhite y a tu tía Dafne. Odio trabajar en este establo y...

—¿Y a mí también me odias?

Sintió un espasmo de angustia.

—Sabes muy bien lo que siento por ti, pero... ¿cómo puede una sola cosa contrarrestar toda esta miseria?

—No puedes irte para siempre, Nicholas. Por muy espantoso que sea todo lo demás, Jenny está aquí y yo también. Tienes un techo bajo el que dormir y la posibilidad de ganarte la vida...

—¿Ganarme la vida? ¿De qué manera? ¿Como mozo de cuadra en el establo de tu padre? —Nicholas rio con amargura—. Si me quedo aquí, nunca tendré la oportunidad de ser un caballero. No importa lo mucho que puedas enseñarme sobre libros, música o baile. Los bastardos y los plebeyos nunca podrán abrirse paso, no hay milagros que valgan a ese respecto. Para ti nunca seré otra cosa que un criado. Y un día... —la miró a los ojos, con el pecho temblando de pura angustia—, un día te casarás con Fred Burton-Smythe y olvidarás lo que en algún momento significué para ti.

—¡Nunca!

—No puedo estar aquí cuando llegue ese día, Maggie. Prefiero morir-me. Y, si me quedo, eso será lo que ocurra, casi con toda seguridad. Ser criado en Beasley Park no es futuro para mí. ¿Es que no lo entiendes?

—Pero... ¿a dónde vas a ir?

—A Bristol. Al mar. Iré a buscar a mi padre.

—¿A tu padre? —repitió Maggie—. ¿Quieres decir... a Caballero Jim?

—Jenny dice que la última vez que oyó hablar de él iba de camino a Bristol. Puede que, si lo encuentro y puedo convencerlo de que soy hijo suyo, me permita permanecer con él y acompañarlo en sus andanzas...

—¡Pero si ni siquiera sabes con seguridad que Caballero Jim sea tu padre! Jenny nunca lo ha reconocido...

—Pero tampoco lo ha negado nunca. Y todos los que todavía lo recuerdan dicen que soy su vivo retrato.

—Sí, ya lo sé, pero nadie lo ha visto desde hace muchos años. ¿Y si no lo encuentras?

Nicholas apretó las mandíbulas.

—¡Lo encontraré!

Maggie lo traspasó con la mirada, los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

—¡Maldita sea, Nicholas Seaton, sabes que no tenemos tiempo para discutir sobre esto! —Dio un pisotón de rabia en el suelo—. ¡Muy bien, de acuerdo! —Rebuscó en un bolsillo de la pelliza y sacó una bolsita de

tela que parecía llena de cosas—. Si de verdad quieres marcharte de aquí, tienes que llevarte esto.

Nicholas miró la bolsa con precaución.

—¿Es lo que sospecho?

—Sí. La mayor parte del dinero que tengo para gastos y los regalos en metálico que me ha ido haciendo mi padre a lo largo de los años: un chelín por aquí, una guinea por allá... Me atrevo a decir que hay suficiente dinero como para que vayas tirando hasta que puedas volver a trabajar. Te iba a dar una parte para que te las arreglaras hasta que padre regresase de Londres, pero, dadas las circunstancias, creo que es mejor que te lo lleves todo.

—¡No! —Nicholas dio un paso atrás—. Es un dineral...

—Perfecto. Así no tendré que preocuparme sobre tu posible muerte de frío o de hambre. —Le puso la bolsa en el pecho—. Llévatelo. Y también a *Miss Belle*. Llévatela hasta el cruce de caminos y después déjala libre. Es capaz de encontrar el camino de vuelta a Beasley Park con los ojos cerrados desde cualquier punto del condado.

Nicholas aceptó el dinero tragando saliva con fuerza.

—Maggie Honeywell, eres un ángel del cielo.

Al oír eso, a la joven empezaron a brotarle de los ojos algunas lágrimas, que le resbalaron por las mejillas. Se las retiró con el dorso de la mano.

—Sé que no voy a volver a verte nunca.

Nicholas se acercó a ella y le tomó la barbilla con los dedos. Era una vieja costumbre, algo que llevaba haciendo desde que ella era una niña pequeña. Pero en ese momento el gesto no era juguetón ni para tomarle el pelo. No le dio un apretoncito para después soltarla, como haría un hermano. En lugar de eso, le empujó la barbilla hacia arriba con suavidad para obligarla a mirarlo a los ojos. Retiró una lágrima con el pulgar y, antes de que Maggie pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, bajó la boca para juntarla con la de ella y la besó en los labios con suavidad.

Fue un beso breve y, teniendo en cuenta sus lágrimas, no demasiado romántico, pero era el primero que compartían. Y no se pareció en nada al beso que un hermano la daría a su hermana.

—Espérame, Maggie —le pidió Nicholas siguiendo un impulso—. Voy a encontrar a Caballero Jim y, cuando haga fortuna, que la haré, volveré a buscarte. —Le sostuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad—. No importa lo que tarde, te aseguro que volveré —prometió.